

CARACTERÍSTICAS Y EVOLUCIÓN DEL EJÉRCITO DE CARTAGO (SIGLOS VI-IV A.C.)

Enrique GOZALBES CRAVIOTO¹

RESUMEN

En este trabajo estudiamos los orígenes, la evolución y las principales características del ejército de Cartago entre los siglos VI y IV a. C. En este sentido, en la investigación analizamos la cuestión de la conformación de las milicias, profundizamos en el conocimiento del alto mando de los ejércitos, de sus componentes humanos, así como de los principales rasgos de sus sistemas de lucha referidos a los siglos estudiados.

PALABRAS CLAVE: Cartago, ejército, mercenarios, técnicas de lucha, generales.

ABSTRACT

In this work we study the origins, the evolution and the main characteristics of the Army of Carthage between centuries VI and IV a. C. Thus, in

¹ Catedrático acreditado de Historia Antigua de la Universidad de Castilla-La Mancha. Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de Cuenca. Avda. de los Alfares, núm. 44, Cuenca-16002. E-mail: Enrique.Gozalbes@uclm.es

the investigation we deepen the question of the formation of the militias, we deep in the knowledge of the high command of the armies, of their human components, as well as of the main features of their systems of fighting referred to the studied centuries.

KEY WORDS: Carthage, army, mercenaries, combat techniques, generals

* * * * *

PLANTEAMIENTOS INICIALES

La Historia militar de la antigüedad tuvo un proceso de importancia universal en la gran guerra desarrollada por Cartago, bajo la dirección de Aníbal Barca, frente a Roma, cuyo ejército fue dirigido en su fase final por parte Publio Cornelio Escipión. Se trató aquel de un dilatado conflicto bélico en el cual ambas potencias se disputaron de una manera muy descarnada la hegemonía en el mundo mediterráneo². En este sentido, por lo general el ejército de Cartago ha sido estudiado a partir de una visión que es muy concreta del mismo, la que se refiere precisamente a su actuación en los episodios de la Segunda Guerra Púnica. Este hecho resulta lógico dado que es justamente de esos momentos de los que los historiadores disponemos (con diferencia) de un mayor volumen de información, pues en sus relatos acerca del gran y enconado conflicto militar, sobre todo las fuentes básicas que están constituidas por Polibio y por Tito Livio, se preocuparon por describir de la forma más detallada que les fue posible los principales acontecimientos bélicos en los distintos frentes en los que los mismos se desarrollaron. Debido a esa circunstancia, disponemos respecto de esos momentos de un volumen de documentación relativamente valiosa y abundante que hasta ahora sido utilizada por numerosos investigadores y que es utilizado como el fundamento para profundizar en el conocimiento del ejército de Cartago.³

Por el contrario, una situación muy diferente es la que se refiere al ejército cartaginés con anterioridad a esos momentos. Si dirigimos nuestra atención al análisis de los episodios guerreros anteriores al estallido de la Segunda Guerra Púnica, a falta de poder aplicar una mejor solución, en algunas ocasiones las características militares de ese momento posterior han sido extrapoladas a unas épocas más antiguas, mezclando sobre todo

² POLIB. I, 3, 5-6: “en esta guerra los romanos vencieron a los cartagineses y, convencidos de haber conseguido ya lo más importante y más grande de su proyecto de hegemonía en el mundo, por vez primera aspiraron a extender su dominio a las zonas restantes”.

³ GSELL, St.: *Histoire Ancienne de l’Afrique du Nord*, vol. 3, Paris, 1918; WARMINGTON, B. H.: *Cartago*, Barcelona, 1969 (la edición original inglesa es de 1960); DECRET, F.: *Carthage ou l’empire de la mer*, Paris, 1977; HUSS, W.: *Karthago*, Munich, 1995; HOYOS, D.: *The Carthaginians*, Londres, 2016, y en especial de una manera específica sobre el ejército las aportaciones de AMELING, W.: *Karthago. Studien su Militär, Staat and Gesellschaft*, Munich, 1993, y también el trabajo de QUESADA, F.: “En torno a las instituciones militares cartaginesas”, en COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J. H.: *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 2009, pp. 143-172. En especial sobre las guerras púnicas la moderna monografía de LE BOHEC, Y.: *Histoire militaire des guerres puniques, 264-146 av. J. C.*: nueva edición, Paris, 2016. Naturalmente, la bibliografía sobre las campañas militares cartaginesas es muy numerosa, y datos diversos se encuentran recogidos en todas las Historias de la ciudad africana.

las diferentes formas de reclutamiento de sus componentes⁴. Sin embargo, debe indicarse que la realidad del ejército cartaginés, desde su nacimiento que (como veremos) se encuentra plenamente en la oscuridad, experimentó una notable transformación a todo lo largo del tiempo, de tal forma que para analizar su constitución y su funcionamiento deben de tenerse en cuenta, más o menos por separado, cada una de las épocas por las que atravesó su existencia, aislando por lo tanto las características de cada momento. Y sobre todo, a nuestro juicio debemos de intentar distinguir entre las diferentes formas de reclutamiento de la milicia que predominaron en cada época entre los cartagineses, no mezclando de forma indiscriminada unas determinadas informaciones que corresponden a épocas muy diversas.

El tener en cuenta la existencia de unos elementos de tradición organizativa, por un lado, pero también de unos cambios más o menos potentes, por el otro, nos parece particularmente relevante en el conocimiento de la milicia púnica. Y ello sobre todo si se tiene en cuenta que la historiografía contemporánea ha analizado en buena parte la Historia de Cartago precisamente a partir de las etapas de su desarrollo militar, y en demasía se ha recurrido a la pretendida existencia de una línea continua de actuación y de las características de la misma, a partir de la aplicación de los datos mejor conocidos de la época de la Segunda Guerra Púnica. Aún y así, es cierto que la propia historiografía contemporánea ha considerado especialmente relevante la reforma militar de Cartago dirigida por el general de origen espartano Jantipo en el 255 a. C., que fue llevada a cabo en unos momentos que eran muy problemáticos para la potencia africana, en el desarrollo de la Primera Guerra púnico-romana, y que tuvo sus excelentes resultados en la victoria sobre los romanos del cónsul Atilio Régulo en la batalla de Bagradas⁵. De hecho Jantipo había llegado en principio al África en una contratación efectuada de mercenarios, pero fue sorprendentemente elevado al generalato por parte de las autoridades de Cartago, y fue quien marcó el establecimiento en la misma de un modelo militar de carácter macedónico mucho más ordenado. Este nuevo modelo estaba centrado no tanto en las formas de la recluta de los soldados, que aparentemente se mantuvo en el mismo tipo de mercenarios, sino en espe-

⁴ GÓMEZ DE CASO, J.: "El ejército cartaginés en la Primera Guerra Púnica", en *Guerra y Ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 2005, pp. 73-127.

⁵ Sobre la batalla de Bagradas, el número de efectivos y la victoriosa disposición de las tropas cartaginesas, vid. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a.C.-476 d. C.)*, Madrid, 2005, pp. 85-86.

cial en la disposición de las tropas para el combate, con la disposición de una primera línea que estaba constituida por los recién incorporados elefantes, detrás de los que marchaban, en las dos alas, la caballería que era mayoritariamente de extracción nómido-mora y que se desplegaba ante el enemigo de una forma envolvente, con los mercenarios en la zona derecha de la formación hoplítica y los milicianos ciudadanos avanzando en la zona izquierda⁶.

A su vez, el ejército organizado y dirigido por los generales Bárquidas, y más en concreto el que dirigió Aníbal en su épica marcha hacia Italia en el 218 a. C., la concepción del ejército era nuevamente diferente,⁷ y nadie duda tampoco de la capacidad profundamente innovadora que en la preparación y en el propio desarrollo de los combates mostró todo momento el gran general cartaginés, caracterizado por desarrollar una plena adaptación ante cada batalla en los primeros años de la pugna. La descripción que Polibio realiza de cada una de las batallas desarrolladas en Italia muestra precisamente esa inteligente adaptación del general cartaginés en cada caso a las condiciones de los lugares de confrontación, tomando una decisiva ventaja previa de la planificación más detallada, así como del uso magistral de la caballería en los combates.⁸

Debemos indicar que un evidente problema para el conocimiento de la cuestión que nos ocupa está constituido por la consideración tópica que se hace, sin mayores discusiones, del ejército de Cartago como compuesto de una forma dominante por parte de mercenarios, obviando la existencia de soldados ciudadanos y aliados. Es cierto que esta consideración puede resultar lógica a partir sobre todo de tener en cuenta una determinada situación fuertemente impactante como fue la revuelta de los mercenarios producida al final de la Primera Guerra Púnica, así como algunas opiniones expresadas por escritores de la antigüedad (entre ellos Polibio).

⁶ POLIB. I, 33: “Jantipo puso los elefantes al frente de todo en una fila de a uno, y a una distancia conveniente de ellos colocó a la falange de ciudadanos cartagineses, situando a los mercenarios en el ala derecha, y a la infantería más ligera en la zona de vanguardia de las dos alas, junto a la caballería”. En realidad el triunfo definitivo frente a las tropas romanas en esta batalla estuvo causado por la superioridad de la caballería.

⁷ Vid. especialmente la aportación de QUESADA, F.: “De guerreros a soldados del ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, 56, 2005, pp. 129-162.

⁸ Ejemplo significativo podemos ver en la descripción de la batalla de Tesino; POLIB. I, 65, 6-10: “Aníbal colocó su caballería con bridas (púnicos) al frente, y el resto de ella que carecía de bridas (los nómidos y africanos) y así hizo frente al enemigo. Había dispuesto en ambas alas a la caballería porque pretendía hacer una maniobra envolvente..... Tras la operación envolvente de los nómidos, que atacaban por atrás, los infantes romanos armados con jabalinas, que habían logrado rehuir el choque, se vieron enteramente aplastados por la cantidad y violencia de los nómidos....”.

No obstante, a nuestro juicio de partida se ha exagerado la importancia de esos destacamentos mercenarios, que ciertamente estaban presentes en la fuerza armada cartaginesa, pero sobre todo se han considerado de forma indistinta las dos formas de origen de tropas de los pueblos externos, especialmente de los africanos. Una cosa distinta era la contratación individual de extranjeros procedentes de poblaciones “bárbaras” para formar en el ejército, que son los mercenarios propiamente dichos, y otra la de unos grupos étnicos que podían perfectamente ser enviados por los reyes de poblaciones aliadas, y cuya contratación pudo ser colectiva, negociada precisamente por esos reyes que eran convertidos en clientes del Estado cartaginés. Estos últimos son asimilados sin más a los mercenarios, por una buena parte de la historiografía, cuando precisan de una cierta distinción.⁹

Por último debemos tener en cuenta otro elemento particularmente relevante que, por su propio carácter más específico, queda al margen del presente estudio. Nos referimos en concreto a la armada naval de Cartago, especialmente importante en un imperio que dominó el mar hasta la fase avanzada de la Primera Guerra Púnica, cuando comenzó a ser superada por la flota romana creada a su imagen y semejanza. Polibio señalaba que hasta esa guerra “los cartagineses eran los dueños absolutos del mar y por esa razón para los romanos la guerra se convertía en indefinida”¹⁰. Pero la armada naval resultó básica desde unos momentos muy antiguos, sobre todo en lo que correspondía a las facetas de transporte de las tropas y de los enseres y del propio avituallamiento, téngase en cuenta las actuaciones desarrolladas en las islas, así como con posterioridad en el mantenimiento de las líneas de comunicación y de los imprescindibles suministros de todo tipo.¹¹

⁹ En especial destacamos sobre los generales y mandos del ejército cartaginés los datos recogidos por QUESADA, F.: “En torno”; sobre los soldados el del mismo QUESADA, F.: “De guerreros”, y sobre todo en relación a los mercenarios, en general, y específicamente a los mercenarios hispanos en particular, MARÍN MARTÍNEZ, A. P.: *La génesis del mercenariado ibérico: entre Hímera y Sagunto (480-219 a. C.). Historia, recepción y cultura*, Tesis Doctoral dirigida por GOZALBES, E.: Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2016.

¹⁰ POLIB. I, 20,5. Más adelante en I, 20, 15-16 señalaba que una nave de guerra cartaginesa había encallado y sirvió de modelo para copiarlo en la construcción de una escuadra romana. El hecho por lo general es considerado fantasioso.

¹¹ DIOD. XI, 20 describe la salida del puerto de Cartago del general Amílcar, hacia el año 480 a.C., para la campaña de Sicilia que desembocaría en la derrota de Hímera. Menciona una enorme cantidad de barcos “largos” (de combate) y de transporte encargados de las provisiones y enseres. Aunque el número es una notable exageración, la mención indica el necesario uso de los mismos.



Fig. 1. Visión imaginativa del ejército cartaginés. Representación en cerámica de Alicante en la Plaza de España de Sevilla (1929).

LA CONFORMACIÓN DEL EJÉRCITO

En los primeros siglos de su existencia la formación del ejército de Cartago se realizaba de una forma exclusiva a partir de la milicia urbana ciudadana. Esta forma normal de constitución del ejército fue un hecho generalizado en las ciudades-Estado griegas durante el periodo arcaico y clásico, las cuáles tan sólo desde la época de la guerra del Peloponeso comenzaron de forma creciente a contratar (complementariamente a la existencia de los propios ciudadanos) tropas extranjeras¹². Así pues, en ausencia de unos datos estrictamente concretos acerca de la formación de la milicia debemos recurrir en general a la suposición de una semejanza con el modelo helénico. Obviamente en los dos primeros siglos y medio de su existencia Cartago aplicó ese mismo modelo que era característico de las ciudades griegas que suponía la existencia de un ejército basado en la milicia de ciudadanos y, por tanto, de unas dimensiones muy restringidas¹³.

¹² DUCROY, P.: *Guerre et guerriers dans la Grèce Antique*, Paris, 1985 (existen ediciones posteriores de esta obra magníficamente ilustrada, la más reciente de 2009).

¹³ El surgir de los enrolamientos de mercenarios a lo largo de la guerra del Peloponeso fue estudiado por la historiadora rusa MARINOVIC, L. V.: *Le mercenariat grec et la crise de la polis*, Paris, 1988.

Ello significa que las distintas ciudades púnicas, Cartago especialmente, pero también otras como sus aliadas y hermanas norteafricanas de Utica o Leptis Magna, indudablemente tenían su pequeña fuerza defensiva que estaba constituida por sus mismos ciudadanos que en su época juvenil servían para la defensa de la ciudad-Estado. El primer modelo helénico de fuerza armada correspondía a un cuerpo muy reducido de ciudadanos que conducía las más de las veces a un tipo de guerra caballerisca. Este recuerdo más o menos legendario lo encontramos presente, por ejemplo, en el relato sobre el límite oriental del dominio púnico en África. La leyenda hablaba de la existencia de unas guerras, sin duda enfrentamientos muy limitados, entre cartagineses y los griegos de Cirene por el control de la Gran Sirte: esos choques los decidirían arbitrar mediante una competición entre delegados cartagineses (que serían los hermanos Filenos) y cireneos, una competición de la que resultarían vencedores los jóvenes púnicos que pagaron con ello su muerte.¹⁴

Lo que nos interesa del relato anterior, que explicaba la frontera cartaginesa-cirenea de los Altares Filenos, es el evidente recuerdo de unos momentos en los que la entidad del ejército era muy limitada, que se sustentaba muchas veces (como aconteció en el origen de las *polieis* griegas) en unos episodios de pura guerra caballerisca. Se trataba por tanto en sus orígenes de un ejército formado puramente por la milicia ciudadana, a partir del uso de unos efectivos fuertemente limitados. Este es el evidente modelo que se deduce, por ejemplo, del ejército encabezado por Malco que sufrió hacia el 535 a. C. una terrible derrota en la isla de Cerdeña, y que completaba las milicias urbanas de las comunidades de Sicilia: condenados al exilio el general y los supervivientes de la derrota, los mismos no aceptaron el castigo y se presentaron armados en la propia Cartago¹⁵. Los hechos, tal y como se recogen, revelan que esos soldados castigados no constituían ningunos extranjeros contratados sino que pertenecían a los habitantes de la ciudad.

La iniciativa de la constitución de un ejército para una intervención en el exterior siempre estuvo en manos de la decisión máxima que adoptaba el poder político, generalmente asimilado en su detentación a la cámara aristocrática del Senado (en las fuentes griegas la *Geousia*), que era quien entendía de las declaraciones de guerra y de los tratados de paz (aunque a partir del estallido de la Segunda Guerra Púnica se consideraba que la competencia pertenecía a la asamblea popular). Ya en la intervención militar car-

¹⁴ SALUST.: *Bell. Jug.* LXXIX, 2; POMP. MEL. I, 38; VAL. MAX, V, 6 extr. 4.

¹⁵ JUSTIN. XVIII, 7. En cualquier caso, debe indicarse que el nombre de Malco que adoptamos corresponde a la restitución que hizo Vossius del texto, pues el nombre original aparece como *Maleum*. Este último nombre ya estaba presente en las copias de la antigüedad pues el propio Orosio lo recoge al mencionar el episodio (a través de Trogo Pompeyo-Justino).

taginesa en Sicilia, que condujo a la derrota en la batalla de Himera (480 a. C.), en la denominada Primera Guerra Greco-Púnica, se consideraba (debe indicarse que la cuestión es muy discutida por parte de la historiografía) que la misma se produjo a partir de un tratado que había sido concluido con el imperio persa para enfrentar a los griegos, que condujo a Cartago a nombrar a Amílcar como *Strategos* o general en jefe, por ser el más célebre de sus oficiales¹⁶. De igual forma, muchas décadas más tarde, en la sucesión de las tensiones entre las propias ciudades griegas de Sicilia, los habitantes de Egesta remitieron una embajada a Cartago para solicitar la intervención de los púnicos a su favor: el Senado cartaginés así lo aprobó y decidió nombrar como *Strategos* a Aníbal, del que se indica que era hijo del Amílcar antes mencionado, un personaje que ejercía en ese momento el mando superior en la ciudad norteafricana.¹⁷

Estos datos correspondientes al siglo V a. C. son bien significativos de lo que caracterizó al ejército de Cartago hasta la primera mitad del siglo III a. C. Aún y así, es cierto que Cartago desde la Primera Guerra Púnica era un Estado que ya disponía de un fuerte ejército permanente, pero este hecho fue totalmente distinto de lo que sucedía con anterioridad. Hasta entonces el cuerpo realmente permanente de soldados cartagineses era mínimo y exclusivamente formado por ciudadanos que servían para la defensa en el interior del territorio africano, o constituían las poco conocidas milicias urbanas. Cuando era precisa la organización de un cuerpo de ejército para llevar adelante una guerra, generalmente en el exterior, se adoptaba por parte del Senado¹⁸ esa decisión política y se producían dos hechos fundamentales subsiguientes a la correspondiente aprobación de los fondos para financiar el conflicto: la organización de una recluta más o menos amplia de soldados y de forma necesariamente complementaria, el nombramiento de un general, de forma extraordinaria, pero excepcional, dos¹⁹, que era puesto al frente de ese ejército.

¹⁶ DIOD. XI, 20.

¹⁷ DIOD. XIII, 43. En el texto se señala que ejercía “la realeza” pero la monarquía ya no existía desde hacía siglos en la ciudad. Por esta razón se interpreta con notable verosimilitud que Aníbal era en esos momentos el Sufeta o máxima magistratura.

¹⁸ Respecto a la Primera Guerra Púnica siempre Polibio recoge el orden de la guerra desde Cartago con un indeterminado “los cartagineses”. Nos parece bastante claro que esa autoridad de las decisiones no era otra que la del innominado Senado. El mismo reaparece como autoridad interviniente en POLIB. I, 68 pero ya en relación con la revuelta de los mercenarios después del final de la guerra. Sin embargo, debe indicarse que en el momento del ataque del tirano Agathocles, a finales del siglo IV a.C., el mando del ejército que se le enfrentó fue nombrado por el Senado; DIOD. XX, 10.

¹⁹ Solía ocurrir en el caso de conflicto militar en África, como sería la famosa revuelta de los mercenarios e insurrección de los africanos después de la Primera Guerra Púnica, cuando

Por último, debe indicarse la existencia de una tradición fuertemente identificada con el fenómeno militar en Cartago. Este hecho naturalmente no fue consustancial a los primeros siglos de su existencia, pero sí se produjo después del siglo V a. C. cuando la milicia y el mando militar se convirtieron en una columna vertebral del Estado cartaginés. En época de Augusto el escritor de astrología Manilio caracterizaba a Cartago como un Estado belicoso (*quondam Carthago regnum sortita sub armis*)²⁰. Pero sobre todo ese carácter militar se detecta en un curioso añadido a la leyenda de los orígenes de Cartago, también recogido por Trogo Pompeyo-Justino, señalaba la aparición al abrir los cimientos para la construcción de la ciudad de una cabeza de vaca, en primer lugar, y de una cabeza de caballo, seguidamente²¹. La primera se interpretaba como un desarrollo futuro de un pueblo que sería fértil y próspero, mientras el caballo se consideraba como el símbolo del establecimiento de una población fuerte y belicosa. No es casualidad precisamente el que la figura del caballo, símbolo indudable de la potencia militar, apareciera siglos más tarde como la representación más corriente de Cartago en sus acuñaciones²² (fig. 2). No obstante, sin duda se trata de un aditamento legendario efectuado ya en una época muy tardía, pero ciertamente esta representación del caballo podría relacionarse con la identidad guerrera de los cartagineses.



Fig. 2. Reverso de un tetradracma cartaginés con toda probabilidad de Sicilia, con la representación del caballo (fuerza militar) y de la palmera (África). Museo de la Casa de la Moneda de Madrid.

fueron puestos al frente Amílcar Barca y Hannon; igualmente en la primera reacción ante el ataque del siciliano Agathocles al África en 310 a.C., fueron nombrados Hannon y Bomilcar como documenta PLUT.: *Timol.* XX, 10. Pero también en Cerdeña se había dirigido la guerra dirigida por los hermanos Asdrúbal y Amílcar; JUST.: *Ep.* XIX, 1-2.

²⁰ MANIL.: *Astr.* IV, 667.

²¹ JUSTIN.: *Ep.* XVIII, 5, 15-16.

²² Sobre todo porque las primeras acuñaciones cartaginesas realizadas en Sicilia estaban destinadas sobre todo al uso de la moneda por parte de las tropas.

EL MANDO DEL EJÉRCITO

Ya hemos visto algunos ejemplos de los generales que eran nombrados al mando del ejército de Cartago en las intervenciones militares realizadas que se realizaban en el exterior del propio territorio de Cartago: Malco en el siglo VI a. C. en Sicilia primero y en Cerdeña después, Amílcar primero y Aníbal después, en actuaciones en Sicilia en el siglo V a. C. Todos los casos conocidos indican que ese *Strategos* o general en jefe de las tropas, que Justino nombra como *dux* o como *imperator*, tuvo siempre un protagonismo principal y absoluto como correspondía al conductor de una fuerza armada en combate: durante el tiempo de su acción militar prácticamente nada interferirá en sus decisiones.

Esta tradición existente en Cartago, desde luego vigente desde el siglo VI a. C. es la que explica cumplidamente el fuerte poder conseguido a partir del 237 a. C. en Hispania por parte de Amílcar Barca, y después por su hijo Aníbal en la guerra con Roma, que las fuentes filo-romanas mal interpretarían al sugerir que se habían impuesto en poder sobre la propia Cartago como unos auténticos reyes o déspotas que se sobrepusieron al legítimo poder de su urbe. Una interpretación que se juega alternativamente en contra de alguno de los Bárquidas, y sobre todo siempre de Aníbal. Este enorme poder del general en jefe hará que incluso los mismos fueran interpretados en ocasiones como reyes por parte de los griegos²³, pues ellos estaban acostumbrados a una mayor limitación de competencias. Sin embargo, debe indicarse que los Bárquidas no hicieron sino mantener la tradición político-militar seguida permanentemente por parte de Cartago y que señalamos en el presente trabajo: el poder “real” de los generales en el curso de la guerra, lo que no impide que realmente estuvieran sometidos al poder cívico representado sobre todo por el Senado²⁴.

Es cierto que en algunas raras ocasiones el poder del general, en desacuerdo con el Senado, terminaba por conducir a un conflicto político que podía alcanzar una gran magnitud. A nuestro juicio, tan injustificado desde el análisis histórico más equilibrado es el exagerar la existencia de estas disensiones, que fueron muy contadas a lo largo de una extensa Historia²⁵, como el ignorar o minusvalorar las mismas como reflejo de la

²³ ISOCR.: *Nic.* 24 afirmaba que los espartanos y los cartagineses ponían a su frente a reyes para el desarrollo de la guerra.

²⁴ Vid. el trabajo de FANTAR, M. H.: “A propos des institutions politiques et administratives de Carthage: la cuestión de la Royauté”, *Actes du 1er Congrès d’Histoire et de Civilisation du Maghreb*, vol. 1, Túnez, 1979, pp. 33-48.

²⁵ Como muy bien destaca WAGNER, C.G.: *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*, Madrid, 2000, p. 193: “apenas un par de generales con mando en toda la historia de Cartago, Malco en el si-

tensión entre sectores políticos y militares en unos determinados momentos, como también existieron mucho más tarde en la propia Roma²⁶. Un ejemplo de golpe de Estado militar lo encontramos en la actuación del general Bomilcar justamente en el momento en el que, a finales del siglo IV a. C., Cartago recibía el ataque del tirano siciliano Agathocles, un intento significativamente finalizado en fracaso²⁷. Por el contrario, la atribución de Fabio Pictor de una voluntad de Asdrúbal Barca para vulnerar la legalidad cartaginesa, como el mismo Polibio ya reflejaba,²⁸ es una versión absolutamente tergiversada.

El encargo de la dirección del ejército cartaginés, desde el principio al final, aparece relacionada con un miembro de alguna de las muy connotadas familias de la aristocracia dominante en la urbe. Ello es así porque sin duda esos miembros de altas familias, desde muy jóvenes, participaban activamente en el ejército, formando parte de la dirección, y sobre todo aprendiendo precisamente el arte de la guerra en las distintas acciones en las que estaban presentes. Tan sólo así puede explicarse esa confianza plena del Senado en los mismos, su prestigio y el peso que esos generales en jefe tuvieron en la vida de la propia Cartago. De igual forma, en este caso en un análisis inverso, es cierto que el personaje de Aníbal, hijo de Amílcar Barca en cuyo ejército formó, que fue además el jefe de la caballería a las órdenes de su cuñado Asdrúbal, es un ejemplo de lo que debieron ser esos todo-poderosos generales en los siglos anteriores, en este caso además con un elemento novedoso y de una cierta sorpresa e improvisación: su elección (previa al Senado) por parte de las propias tropas que dirigían los Bárquidas en Iberia²⁹.

El igualmente cierto que la sucesión de padre a hijo se produjo en otras ocasiones anteriores, como ejemplos bien significativos el que en el siglo V a. C. al *Strategos* Magón le sucedieran sus dos hijos Asdrúbal

glo VI y Hanon en el IV a.C., protagonizaron intenciones o insurrecciones, mientras que todos los demás que mencionan los textos antiguos fueron protagonizados por antiguos generales con mando en toda la historia de Cartago”.

²⁶ De hecho, el intento de golpe para establecer una tiranía por parte de Hannon “el Grande”, a mediados del siglo IV a. C., y que describe JUSTIN. XXI, 4, no corresponde a un general en ejercicio sino a quien con toda probabilidad en esos momentos ejercía de Sufeta o máxima magistratura. No se habla de la utilización de tropas sino que sublevó a los esclavos que se juntaron a él en un gran número: no se trató por tanto de un problema con el ejército.

²⁷ DIOD. XX, 44.

²⁸ POLIB. III, 8, 1-3.

²⁹ POLIB. III, 13, 4: “cuando a los cartagineses desde las tropas se les comunicó que la tropa unánimemente había elegido a Aníbal como *Strategos*, se reunió inmediatamente la asamblea del pueblo y, por unanimidad ratificaron la decisión de las tropas”.

y Amílcar³⁰, el que a fines del siglo V a. C. nombraran a Himilcón (hijo de Hannon) como colega-sucesor de un ya mayor Aníbal que eran todos ellos miembros de la misma familia³¹, o después de la muerte de Magón en el 375 a. C. cuando fue nombrado general en jefe su hijo Himilcón que era todavía joven³². Cuando en el 256 a. C. se produjo el desembarco del cónsul romano Atilio Régulo en África, los cartagineses eligieron a dos generales para enfrentarse a él, que se nombran como Bostar (totalmente desconocido) y Asdrúbal hijo de Hannon, al tiempo que se afirma que se llamó a toda prisa a otro general llamado Amílcar³³, distinto del posterior Amílcar Barca, a quien previamente había nombrado *Strategos* en la lucha contra Roma en Sicilia³⁴. Pero ante la derrota de los mismos y la imputación de impericia por parte de Jantipo, los dirigentes cartagineses tuvieron una sesión en la que oyeron sus argumentos: se indica que entonces los generales decidieron confiarle el mando de las tropas, y más tarde lo ratiificaron al ver que las maniobras habían elevado notablemente la moral de soldados y gentes³⁵.

En cualquier caso, también debe indicarse que la derrota del general cartaginés en una guerra era también particularmente mal recibida en la ciudad africana, lo que podía derivar en el castigo al mismo (en caso de considerar las autoridades políticas que había pecado de inhabilidad) que tenemos documentado de una forma explícita en el siglo VI a. C. en el caso ya citado de Malco³⁶, o incluso mediante su expiación por medio del suicidio (más o menos voluntario) para salvar el propio honor de su valor como en el caso de Amílcar, el ya citado hijo de Magón³⁷. También es muy frecuente, bastante más de lo lógico, la muerte del general en el desarrollo del combate, lo que parece reflejar una actitud que no se mantendría con los Bárquidas (salvo el caso de Amílcar muerto para garantizar la retirada de buena parte de los soldados, incluido su hijo Aníbal): el general no debía sobrevivir al exterminio de su tropa.

Pero no es menos cierto también que en determinados momentos las luchas políticas de las familias principales de Cartago se manifestaban en unas situaciones particularmente convulsas para la defensa de la ciudad, y que también suponían una división que se transmitía a la cúspide la de la

³⁰ JUSTIN.: *Ep.* XIX, 1-2.

³¹ DIOD. XIII, 80.

³² DIOD. XV, 16.

³³ POLIB. I, 30, 1.

³⁴ POLIB. I, 24, 3.

³⁵ POLIB. I, 32, 5-8.

³⁶ JUSTIN.: *Ep.* XVIII, 7, 2.

³⁷ JUSTIN, *Ep.* XIX, 3, 12.

fuerza armada. De hecho, esa tradición de lucha política se mantendría hasta la época de la sublevación de los mercenarios, al final de la Primera Guerra Púnica, y la Segunda Guerra Púnica con la división entre los Bárquidas y la familia Hannon³⁸, con unas posiciones muy diferentes en relación a la guerra y a la acción respecto a Roma. En cualquier caso, debe tenerse en cuenta la interesantísima reflexión de Diodoro de Sicilia a raíz de la elección de dos generales, Hannon y Bomilcar, para encabezar las tropas frente a la invasión del tirano siciliano Agathocles, a finales del siglo IV a. C. Después de indicar que Bomilcar aspiraba al establecimiento de una tiranía, que no había podido imponer hasta ese momento, señalaba lo siguiente:

“La causa se encontraba en el extremo rigor con el que los cartagineses procedían con sus dirigentes militares. En momentos de guerra les encomendaban la dirección suprema a los ciudadanos más distinguidos, a los que consideraban capacitados para la defensa de su patria. Pero una vez restablecida la paz, estos mismos generales eran calumniados, y después de procesos injustos se les condenaba. Esta es la razón por la que los hombres llamados a ejercer el generalato, unos renunciaban a este poder, ante el temor a no verse libre de los tribunales, y sin embargo otros lo que hacían era aspirar a establecer una tiranía”³⁹.

LOS COMPONENTES CIUDADANOS DEL EJÉRCITO

Como hemos visto, en los primeros dos siglos y medio de su existencia el ejército de Cartago estuvo constituido exclusivamente por la milicia de ciudadanos. En una época relativamente ya avanzada, en concreto en la segunda mitad del siglo IV a. C. (puesto que no se menciona con anterioridad a ese momento) se constituyó un llamado “Batallón sagrado” (*Hieros Lochos*) formado por soldados de la élite social cartaginesa, al igual que había existido en la griega Tebas otra unidad con idéntica denominación (y otras derivaciones). Mucho se ha discutido acerca de este cuerpo de elite ciudadano de Cartago, y aunque algunos autores han considerado que agrupaba a la totalidad de los ciudadanos presentes en la tropa, por el contrario parece bastante claro que se trataba de una simple elite de los mismos.

El número de los componentes del “Batallón Sagrado” a lo largo del tiempo no aparece fijado: en Sicilia aparecen aniquilados en una batalla y se cifra su número en una cifra muy elevada de 2500: “soldados escogidos

³⁸ A este respecto vid. el extenso y profundo estudio de GÓMEZ DE CASO, J.: *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*, Alcalá de Henares, 1996.

³⁹ DIOD. XX, 10.

entre los ciudadanos, reconocidos por su valor y reputación además de por su riqueza”.⁴⁰ Además aparecen presentes haciendo frente en el combate a las tropas de Agathocles en la famosa expedición africana de éste⁴¹. Después desaparece la referencia expresa al batallón sagrado aunque es posible que el contingente continuara existiendo: la falta de fuentes internas de los propios cartagineses impide conocer más al respecto, pero es cierto que de haber continuado actuando como tal las fuentes romanas (sobre todo Polibio) habrían mencionado su existencia.

En cualquier caso, más allá del mencionado batallón sagrado como un elemento de la elite social y militar, los componentes ciudadanos siempre estuvieron presentes en el ejército de Cartago. Predominantes indudablemente al principio, pasaron después a formar según cada ocasión unas cifras más equilibradas: así para las actuaciones en el exterior, sobre todo en Sicilia, al igual que en la posterior intervención de los Bárquidas en Hispania, predominaría el uso de los mercenarios, sin embargo para las luchas en el interior del Norte de África los ciudadanos tuvieron una mayor presencia. De hecho, en el 310 a. C. los soldados ciudadanos presentes en el ejército eran nada menos que 4.000 (o 40.000 en otra lectura, aunque la cifra es claramente excesiva).⁴²

Aún y así debe indicarse que en el exterior, sobre todo en algunas ocasiones, la participación de los ciudadanos en el ejército en combate fue muy relevante, como vemos en diversos pasajes de las historias de Diodoro de Sicilia. Incluso de una forma muy explícita en el año 395 a. C. cuando el general en jefe Himilcón puso a salvo las tropas formadas por los ciudadanos a costa de abandonar a los mercenarios en Sicilia⁴³, lo que refleja un interés superior por la supervivencia de los con-ciudadanos (que en realidad pudo ser una norma más general de lo que se documenta). El recurso al enrolamiento de los mercenarios, de los que luego tratamos, se multiplicó en determinadas ocasiones desde el 480 a.C. como, sobre todo, también aconteció a raíz de la derrota contra Timoleón en Sicilia en el 341 a.C. “votaron el no arriesgar más en el futuro la vida de los ciudadanos, sino enrolar mercenarios extranjeros, preferentemente griegos, y que consideraban que acudirían en gran número debido a la altura de la paga y la prosperidad de Cartago”.⁴⁴

⁴⁰ DIOD. XVI, 80.

⁴¹ DIOD. XX, 10, 6 y XX, 12, 3.

⁴² DIOD. XX, 10, 5.

⁴³ DIOD. XIV, 75, 4.

⁴⁴ DIOD. XVI, 81, 4.

LOS COMPONENTES CONTRATADOS: LOS MERCENARIOS

Mucho se ha insistido acerca del ejército de Cartago como constituido de una forma mayoritaria por mercenarios. Resultaría ocioso el intentar descartar el hecho de que los mercenarios, y más propiamente en realidad las tropas extranjeras, constituyeron un componente característico y fundamental del ejército cartaginés en la mayor parte de su historia. Suficientemente claro al respecto es el texto de Polibio en el que el historiador, tratando de ir explicando la victoria romana en las guerras, contraponía las características militares de Roma con las de Cartago, destacando las ventajas de la primera precisamente en función del carácter mercenario que tenía el soldado púnico: “los cartagineses estaban acostumbrados a desarrollar las guerras mediante el uso de tropas extranjeras”.⁴⁵

Pero Polibio realizaba sin duda una lectura parcial de los hechos y en parte incluso bastante sesgada de la realidad. Primero por no tener en cuenta la ventaja ineludible que para Cartago suponía el que una proporción más fuerte de la fuerza de choque, con grandes cantidades de bajas, perteneciera a pueblos extraños (sobre todo africanos) y no a sus propios jóvenes que quedaban preservados, ventaja en cualquier caso reconocida por él mismo en algún otro pasaje. Segundo, porque el propio carácter de las tropas, junto a inconvenientes, contenía otras virtudes militares. De hecho, en contraposición con sus primeras consideraciones, bastante más adelante (sin duda habiendo cambiado de opinión entre una redacción y la otra) alababa a Aníbal porque jamás tuvo sublevación en sus tropas, pese a que tenía entre ellas a africanos, iberos, ligures, galos, púnicos, itálicos, griegos, “unas gentes que no tenían nada en común excepto su propia naturaleza humana no compartían ni las leyes, ni las costumbres ni el idioma”, pese a todo lo cual le obedecían⁴⁶. En otro lugar, comparando la constitución y el ejército de Roma y de Cartago, señalaba la ventaja de los segundos en la guerra naval, pero por el contrario la superioridad de Roma en la infantería de tierra; la motivación de esa superioridad estribaría en que el soldado normal cartaginés era mercenario, mientras el romano era o bien ciudadano o bien aliado⁴⁷.

Pero además, en tercer lugar, porque (como ya hemos indicado) tampoco es válida esa visión del ejército como compuesto casi únicamente por mercenarios. En este sentido, quizás es mucho más indicativo el definir el ejército de Cartago como de extracción mixta, aunque con un mayor número de extranjeros contratados. En la narración de la victoria del griego Timo-

⁴⁵ POLIB. I, 71, 1.

⁴⁶ POLIB. XI, 19.

⁴⁷ POLIB. VI, 52, 3-4.

león sobre el ejército cartaginés, en el siglo IV a. C., Plutarco señalaba lo siguiente: “muchos fueron alcanzados cuando estaban todavía en la llanura y allí murieron. Otra parte del ejército se toparon con los que todavía estaban pasando el río, los empujó a él y los desbarató la corriente. Y la mayor parte, que se dirigían a las alturas, los persiguió y las tropas ligeras los dispersaron. Se cuenta que de unos 10.000 muertos fueron 3.000 los ciudadanos cartagineses, lo cual supuso un inmenso luto para la ciudad, pues nadie les sobrepasaba en origen y riquezas y no había recuerdo de que en una sola acción hubieran fallecido nunca tantos cartagineses, ya que normalmente recurrían a africanos, hispanos o nómadas, de tal forma que la pérdida cuando sufrían las derrotas era siempre ajena”⁴⁸. Esta referencia podría indicarnos que como mínimo el 30% de los soldados eran ciudadanos de la propia Cartago, a los que debían unirse los aliados que participaban procedentes de otras urbes púnicas africanas⁴⁹. Puede, por tanto, suponerse que los mercenarios o contratados formaban la mitad o poco más del ejército cartaginés en el siglo IV a. C. pero en absoluto la totalidad.

Otra de las desventajas que se ha aducido del empleo de las tropas mercenarias radicaba en su facilidad para la rebelión. En relación con el carácter problemático atribuido a la recluta de mercenarios, en todos los siglos de su existencia, Cartago tan sólo se encontró en realidad con dos revueltas importantes de sus mercenarios:

- La famosa de las mismas, con mucha diferencia la peor, se produjo por el adeudamiento de las soldadas después de la derrota de Cartago en la primera guerra con Roma. La impresión que podemos tener es que Polibio asume ese problema del momento, ciertamente de altísimo alcance, como si constituyera una norma general que, sin embargo, a nuestro juicio fue meramente excepcional y derivada de las dramáticas situaciones del momento, con una hacienda cartaginesa que estaba absolutamente arruinada.

- La ocasión anterior en relación con este tipo de problemas no tiene una fecha muy precisa pero es cierto que la referencia a que se produjo en la época de las guerras contra los siracusanos, indica que debió de tratarse de los momentos del choque con Dionisio de Siracusa, por tanto en la primera mitad del siglo IV a. C. cuando

⁴⁸ PLUT.: *Timol*, 28.

⁴⁹ Por ejemplo, aparecen expresamente documentados en los distintos episodios militares por parte de DIOD. XI, 1; XIII, 80, con toda probabilidad en XIII, 49; XIII, 54.

nos interesa en relación con el marco cronológico de nuestro estudio. Diodoro de Sicilia afirmaba que los cartagineses tenían formado su ejército a partir de tropas reclutadas en todas las naciones, unas personas de poca civilización y propensos a la rebelión, en especial cuando no cobraban a tiempo. En cierta ocasión unos 6.000 de ellos, no recibiendo la soldada, se amotinaron frente a sus mandos que se hallaban sin plata para poder pagarles. El Senado cartaginés hizo llegar la orden secreta, pero taxativa, de su castigo sin contemplaciones. De esta forma, mediante el engaño, los embarcaron y los llevaron a una isla donde desembarcaron a los culpables y los abandonaron, de tal forma que la pequeña isla se cubrió de osamentas⁵⁰.

En lo que respecta a la procedencia de estos mercenarios, las referencias que se hacen acerca de los lugares es ampliamente genérica, de tal forma que la consideramos en su conjunto como simplemente de una orientación geográfica (por tanto, no tanto cultural o nacional como en muchas ocasiones se ha considerado). Sin duda, los contingentes más importantes de forma individual fueron los de distintos pueblos africanos⁵¹, que fueron incorporados al ejército cartaginés sobre todo en la transición del siglo V al IV a. C., y que fueron mayoritarios (en las actuaciones fuera de África) en este último siglo: de hecho, Polibio llegó incluso a asumir que la desventaja del mercenariado cartaginés estribaba en que los luchadores itálicos eran físicamente y anímicamente superiores a los púnicos y africanos⁵². En alguna ocasión aparecen citados los africanos de las zonas cercanas a Cartago, es de suponer que de su territorio propio de dominio, pero en otras se alude expresamente a los númeridas y a los moros, que reflejan reclutamientos realizados en Argelia y en Marruecos⁵³. Si acaso pudiera servir de orientación, en el ejército de Aníbal figuraban moros, númeridas y también en la retaguardia del mismo, ubicados en Hispania, se mencionaban a otros pueblos.⁵⁴

⁵⁰ DIOD. V, 11.

⁵¹ Así aparecen mencionados en muy diversos momentos en los siglos V y IV a.C.; DIOD. XIII, 44; XIII, 54; XIII, 80; XIII, 49 con toda probabilidad; XIII, 54.

⁵² POLIB. VI, 52, 10.

⁵³ Sobre el reclutamiento de moros en el ejército de Cartago vid. recientemente GOZALBES, E.: "Aspectos y problemas del Marruecos antiguo", *Hespéris-Tamuda*, 49, 2015, pp. 24-26.

⁵⁴ POLIB. III, 33, 15-16 menciona los soldados dejados en protección de Hispania en el momento de su marcha hacia Italia, e incluye entre ellos a 450 jinetes libiofenicios y africanos, 1.800 númeridas, aclarando que se hallaban masilios, masilios, macneos (desconocidos por otras fuentes) y moros de la costa del Océano. Por tanto, junto a africanos y libiofenicios (púnicos de otras ciudades) poblaciones de Argelia y Marruecos. Gana credibilidad pues señalaba que los datos los consultó en una tabla de bronce hecha grabar por parte de Aníbal y que mandó ubicar en el santuario de cabo Lacinio en Italia, ubicado a pocos kms. de Crotona.

En segundo lugar destaca de una forma muy específica la mención a la contratación de mercenarios iberos, que debe entenderse como una referencia geográfica amplia al conjunto de la Península Ibérica, aunque por su salida al Mediterráneo parece obvio que la mayoría de ellos serían también de cultura ibera⁵⁵, de la costa mediterránea y de Castilla-La Mancha⁵⁶. Los mismos aparecen sin duda ya presentes desde el siglo VI a. C. en Cerdeña, pero son reclutamientos que vemos de forma expresa para las campañas de Sicilia en algunas diversas ocasiones⁵⁷. La historiografía ha tenido en cuenta la importancia de la presencia de estos mercenarios en el Mediterráneo como “vehículos” de transformación a partir de la incorporación de nuevas ideas a la vuelta a sus comunidades de origen. En este sentido, no tiene nada de extraño el que el fenómeno del mercenariado de los hispanos haya atraído mucho la atención de los investigadores como ya hemos señalado.



Fig. 3. Guerrero ibérico en un relieve (siglos IV-II a. C.) de Osuna, con gran escudo y falcata. Museo Arqueológico Nacional. Los guerreros iberos recibían la herencia de su participación en los ejércitos del Mediterráneo (en especial en el de Cartago).

⁵⁵ Vid. recientemente la aportación de MARÍN MARTÍNEZ, P. A. (fundamental), y con anterioridad los trabajos tradicionales de GARCÍA BELLIDO, A.: “Los mercenarios españoles en Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y Norte de África”, en MENÉNDEZ-PIDAL, R. (Dir.), *Historia de España. I, 2. España protohistórica*, Madrid, 1960, pp. 647-680 y de GÁRATE CÓRDOBA, J. M.: *Historia del ejército español. I. Los orígenes*, Madrid, 1981, a los que deben sumarse GARCÍA GELABERT, M. P. y BLÁZQUEZ, J. M.: “Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología”, *Habis*, 18-19, 1987-1988, pp. 257-270, BARCELÓ, P.: “Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia”, *II Congresso di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1991, pp. 21-26 y QUESADA, F.: “Los mercenarios hispanos”, en ALMAGRO GORBEA, M. (Coord.), *Historia Militar de España. Vol. 1: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 2009, pp. 165-173.

⁵⁶ Igualmente como un cierto término orientativo, en las mencionadas disposiciones militares de Aníbal, previas a su marcha hacia Italia, ubicó en las ciudades costeras africanas y en Cartago como protección a “tersitas” (tartesios-turdetanos de Andalucía occidental), mastios (mastios de la zona murciana), oretanos, iberos y olcades (gentes de la zona de Cuenca y Norte de Albacete); POLIB. III, 33, 9. Indicaba que también había baleares (llamados honderos por su especialidad).

⁵⁷ DIOD. XI, 1; XIII, 54; XIV, 54.

Otros contratados aparecen sobre todo de Italia en amplio contexto geográfico, y cuando se especifica de la Liguria o de Campania⁵⁸. Por el contrario los galos sólo aparecen en momentos más antiguos, mientras la contratación de mercenarios griegos parece ser sólo se efectuó precisamente a partir de las últimas décadas del siglo IV a. C., momentos en los que la crisis de Grecia, y la larga y desgraciada experiencia guerrera impulsó a muchos jóvenes a buscar esta salida a sus necesidades vitales.

FORMAS Y ELEMENTOS DE COMBATE

La formidable potencia militar de los cartagineses se convertiría en un auténtico *thopos* en la consideración de las gentes de la antigüedad. Recordando la heroicidad legendaria de los dos jóvenes militares cartagineses, los hermanos Filenos, Valerio Máximo consideraba que la misma traspasaba la fama de lo que había sido la gran fortaleza del ejército cartaginés, de sus medios y acciones: “¿Dónde están ahora las altas murallas de la orgullosa Cartago? ¿Dónde se encuentra el renombre de su afamado puerto marítimo, donde su flota que sembraba el terror en todos los mares? ¿Dónde tantos cuerpos de ejército, donde la numerosa caballería? ¿Y donde su ambición que no tenía cabida en toda la inmensidad del África?”⁵⁹

En sus primeros siglos de existencia, entre el VI y el IV a. C., el ejército de Cartago tuvo unas formas de combate plenamente al estilo griego. En este sentido, sobre todo en sus orígenes el ejército de Cartago no distó en absoluto de seguir el modelo organizativo de las distintas *polieis*, incluida en los primeros tiempos incluso los lances singulares retratados en el relato sobre los hermanos Filenos. Este hecho significa que el ejército de Cartago en sus primeras actuaciones, y en concreto en los siglos VI y V a. C. innovó muy poco, constituyendo simplemente una gran formación cerrada de lanceros hoplitas. La disposición de los guerreros destacaba sobre todo por el seguimiento estricto de un orden cerrado, tal y como aparece reflejado en el siglo IV en el combate contra Timoleón, en el 385 a. C., si bien éste se percató entonces que todo el orden especialmente destacable de los propios soldados cartagineses, era una amalgama mal añadida y hasta caótica en algunas de las tropas extranjeras (aliadas y mercenarias) acompañantes⁶⁰. Lo mismo aparece en el ejército cartaginés actuante en Sicilia siete décadas

⁵⁸ DIOD. XI, 1; XIII, 43.

⁵⁹ VAL. MAX. V, 6, extr. 4

⁶⁰ PLUT.: *Timol*, 27.

más tarde⁶¹. El tipo de ejército fundamentalmente hoplítico fue sin duda el dirigido por el general Malco que actuó en Sicilia y en Cerdeña, y ello encaja además bien con la dificultad (pocas veces considerada en la bibliografía) de embarcar para el traslado a los caballos (y más aún a los elefantes más tarde), que requerían unas mayores infraestructuras portuarias y navales que sin embargo debieron limitadamente poseer.

Pero sobre todo fue con la reforma militar del lacedemonio Jantipo, a mediados del siglo III a. C., con la que ya la disposición del ejército cartaginés para la batalla experimentó una mayor evolución⁶², con la importancia esencial de las dos alas de la caballería y también de la utilización de los elefantes ubicados en la primera línea. En los primeros tiempos del ejército cartaginés, por el contrario, no parece para nada que la caballería tuviera ese papel importante que llegaría a tener en tiempos posteriores, y desde luego no había ninguna presencia de elefantes, cuya primera aparición (nada importante) se produjo en el año 262 a. C. en la batalla de Agrigento⁶³. No obstante, los elefantes aparecen mencionados en aquella ocasión sin un lugar específico, mientras fue Jantipo quien los convirtió en una fuerza relevante al decidir que fueran en la primera línea de batalla⁶⁴.

Respecto al armamento, no hemos tratado prácticamente en el presente estudio y debe quedar para la realización de investigaciones posteriores. No obstante, debe indicarse que disponemos de una casi nula documentación al respecto de la panoplia militar púnica con anterioridad a la Primera Guerra Púnica. Se trata éste de un hecho nada excepcional,

⁶¹ DIOD. XX, 29: “Amílcar encabeza la columna en marcha, y le seguía Dinocrates con su caballería, mientras la infantería había sido dividida en dos falanges, una formada por los bárbaros, la otra por parte de los mercenarios griegos. Además el ejército estaba acompañado de una masa de gentes no formadas, todos inútiles y atraídos por la aparencia del pillaje y que en muchas ocasiones constituyen la causa de los levantamientos y desórdenes que estallan en el ejército”. Como puede verse, la imagen ofrecida del ejército de Cartago era en ocasiones bastante caótica.

⁶² POLIB. I, 32, 7: “Cuando sacó el ejército delante de la ciudad y lo dispuso en orden, y empezó a hacer maniobrar la formación de la tropa, a transmitir las órdenes según principios militares, mostró la existencia de una notable diferencia en contraste con la incapacidad de los generales anteriores, de tal forma que la gente aplaudía y lo animaba a que se apresurara para enfrentarse al enemigo”.

⁶³ POLIB. I, 1, 5.

⁶⁴ Una cierta discusión se ha establecido acerca de estos primeros elefantes. Los mismos fueron dados a conocer a Alejandro Magno, en el siglo IV a.C. en sus campañas en los límites de la India. Después Pirro del Epiro, en el 280 a.C., los utilizó en la batalla de Heraklea. Al parecer, todos estos primeros elefantes, incluidos los cartagineses, eran de origen asiático. Estos primeros elefantes en el ejército de Cartago fueron proporcionados por el Egipto de los Lágidas. Más adelante ya los cartagineses domesticarían el elefante norteafricano, que era de mucho menor tamaño que el asiático, y en teoría esos serían los que se utilizaron por parte de los generales Bárquidas.

ya que lo mismo acontece respecto a Roma en esos mismos momentos⁶⁵. Debemos pues acudir a la suposición, en el periodo que ahora estudiamos, de un tipo de armamento similar al que poseían las falanges hoplitas griegas, con la importancia de la lanza, la espada y el escudo, y una cobertura mayor o menor de corazas⁶⁶. Sin duda, dadas las rarezas de las propias representaciones iconográficas, será en el futuro la investigación arqueológica la que podrá aportar datos para el conocimiento. Con Jantipo con toda probabilidad se introdujo la sarisa característica de las falanges macedónicas.

La presencia de la caballería, mucho más modesta que la mencionada en el siglo III a.C., ya estaba presente en el ejército cartaginés desde finales del siglo V a.C.,⁶⁷ si bien es cierto que la proporción de la misma era particularmente modesta en relación con el total de los soldados disponibles. Así en los textos podemos detectar como en las guerras greco-púnicas de Sicilia nos aparece reflejada la existencia de un jinete por cada 50 hoplitas según parece al menos en un caso⁶⁸, o de uno cada 75 en otro.⁶⁹ Todavía más, en el ejército organizado en África para repeler la invasión de Agathocles, en el 310 a. C., se mencionan ya nada menos que un jinete por cada 4 infantes⁷⁰. Este hecho refleja que con el tiempo el número de componentes de la caballería aumentó de una forma muy sustancial: en la Primera Guerra Púnica aparece en el ejército cartaginés en Sicilia una proporción de un jinete por cada 8'5 soldados de a pie⁷¹. Todavía más, en el ejército de Jantipo en África en el 255 a.C. se contaban nada menos que un jinete por cada tres soldados de infantería⁷². En los primeros tiempos la caballería estaba formada básicamente por los ciudadanos de Cartago y por personas de sus ciudades aliadas, sin embargo en la época de la Segunda Guerra Púnica la caballería más destacada sería ya la aportada por los pueblos clientes, númidas y moros⁷³.

Los carros de caballos merecen también una cierta referencia especial. Sin duda inicialmente el modelo incorporado por Cartago a su

⁶⁵ Vid. BISHOP, M. C. y COULSTON, J.C.N.: *Equipamiento militar romano*, Madrid, 2016.

⁶⁶ PLUT.: *Timol*, 28. En la batalla precisamente ese exceso de defensas, en una situación de lluvia y de encharcamiento, les resultó fatal.

⁶⁷ DIOD. XIII, 44.

⁶⁸ DIOD. XIII, 54.

⁶⁹ DIOD. XIV, 54.

⁷⁰ DIOD. XX, 10. Es cierto que en otra lectura sería uno por cada 40 pero es claramente excesivo.

⁷¹ DIOD. XXIII, 8.

⁷² POL. I, 32, 9.

⁷³ Vid. al respecto la obra de AÏT AMARA, O. : *Numides et maures au combat: états et armés en Afrique du Nord jusqu'à l'époque de Juba 1er*, Cagliari, 2013.

ejército fue el derivado del imperio asirio, a través del intermedio de la “ciudad-madre” de Tiro. Los carros se alineaban en la batalla encabezando la formación, abriendo paso, tras la que marchaban los hoplitas⁷⁴. El momento realmente decisivo en su participación, al menos a través de las fuentes literarias, se produjo en el siglo IV a. C. en las batallas en Sicilia. Los tenemos documentados en las batallas contra Dionisio, y algo más tarde en la lucha contra Timoleón quien, de hecho, logró capturar nada menos que 200 carros de guerra cartagineses⁷⁵. En el año 310 a. C., al producirse la invasión del tirano siciliano Agathocles al África, los cartagineses organizaron un ejército de sólo 4.000 soldados de infantería, 1000 de caballería y nada menos que 2.000 carros, aclarándose que tanto la caballería como los carros iban por delante en el orden de las tropas⁷⁶. No obstante, con posterioridad los carros perdieron el papel relevante que con anterioridad habían tenido en el ejército cartaginés.

Los mecanismos de asedio de las ciudades, muy costosos, y no eran precisamente una especialidad de los cartagineses: no podemos tampoco olvidar como en una etapa avanzada, a Aníbal le costó muchísimo la toma de la hispana Sagunto, y de hecho más adelante no se atrevió a llevar a cabo el propio asedio de Roma, en una controvertida decisión militar. En realidad el ejército de Cartago tuvo su especialidad en la lucha en batalla campal. Las escasas noticias de las fuentes sobre los asedios ofrecen unos datos concretos que son bastante intemporales, y que como ejemplos de algunos casos mencionaremos.

En el siglo V a. C. en el ejército que sitió Himera con tan poco éxito, la terrible derrota del 480 a. C., se menciona el establecimiento de un importante campamento de las tropas cartaginesas para poder desarrollar el asedio, con un foso profundo y un parapeto de madera⁷⁷: nada diferente de lo que conocemos para otros ejércitos de la antigüedad. Pero sobre todo unas décadas más tarde se menciona un asedio victorioso de las tropas cartaginesas sobre la misma ciudad siciliana de Himera y se indica que el campamento se encontraba en la altura, dominando la ciudad⁷⁸, lo que refleja una continuidad en la ubicación. Y algunos años más tarde en el asedio cartaginés sobre Agrigento se menciona el establecimiento de dos campamentos,

⁷⁴ PLUT.: *Timol*, 27.

⁷⁵ PLUT.: *Timol*, 29.

⁷⁶ DIOD. XX, 10.

⁷⁷ DIOD. XI, 20.

⁷⁸ DIOD. XIII, 80.

uno en altura (con los iberos y los africanos) y otro más cercano a los muros de la ciudad, también rodeado de importante foso y de una empalizada⁷⁹.

En otra ocasión destaca inicialmente el asedio que se menciona de Selinunte, en el que se refleja la existencia de máquinas de guerra contra los muros, así como los garfios de enganche sobre las murallas, ataque a los cuáles se conseguía mediante la acción masiva de arqueros y honderos que repelían a los defensores de lo alto de las murallas⁸⁰. El ataque contra las murallas se sustanció con la apertura de una brecha en las mismas, que fue ensanchada mediante la acción de las máquinas, y una irrupción de los cartagineses que condujo a la continuación y final de los combates en las calles de Selinunte⁸¹. Incluso en el asedio posterior del general cartaginés sobre Himera, se menciona que el asedio conllevó la construcción de minas, en las que se acumularon maderas a las que se metió fuego para producir el derrumbe del lienzo⁸². De nuevo en este caso el asedio cartaginés fue exitoso, pues se indica que los primeros que entraron por la brecha fue el contingente ibero con muchos componentes⁸³. Y en otro de los asedios se menciona igualmente la acción de dos altas torres de madera desde la que se atacaba a los que defendían las murallas⁸⁴. Y también a finales del siglo IV en el asalto a las murallas de una ciudad greco-siciliana se menciona el tópico recurso a las escalas⁸⁵.

Por último cabe señalar que un muy evidente problema que los cartagineses tuvieron en el asedio de las ciudades fue de orden sanitario: fueron con bastante frecuencia pasto de las epidemias de “peste”, pandemias de etiología en cualquier caso difícil de establecer pero en la que el tifus sin duda pudo jugar un papel relevante. Se relaciona el origen de su institución de los sacrificios humanos de niños o jóvenes con una epidemia quizás en contexto militar. En un asedio de Agrigento removieron las tumbas y destruyeron sobre todo el monumento funerario de Theron (quien los había derrotado en Himera). El estallido de una epidemia formidable provocó una altísima mortalidad, incluida la del propio general en jefe Aníbal⁸⁶. Tiempo

⁷⁹ DIOD. XI, 85.

⁸⁰ DIOD. XI, 54.

⁸¹ DIOD. XI, 55-56.

⁸² DIOD. XI, 59.

⁸³ DIOD. XI, 62.

⁸⁴ DIOD. XIII, 85.

⁸⁵ DIOD. XX, 16.

⁸⁶ DIOD. XIII, 86. Según se indica el otro general al frente de las tropas, Amílcar que tomó el mando único, hizo súplicas a los dioses y sacrificaron un niño a Saturno y echaron víctimas (sin duda prisioneros) al mar en honor de Neptuno. Finalmente las tropas cartaginesas lograron tomar Agrigento y saquearon los templos, remitiendo como botín una gran cantidad de obras de arte a Cartago.

más adelante, en el rechazo de los ataques efectuados por Dionisio I de Siracusa, los cartagineses al mando de Amílcar atacaron Siracusa; nuevamente en este caso en el asedio derribaron las tumbas de la necrópolis, alguna de ellas particularmente monumental; cuando lograron entrar en el barrio de Acharadine las tropas cartaginesas saquearon los templos de Ceres y Proserpina, lo que nuevamente fue castigado por los dioses con el estallido de una pavorosa epidemia de peste que aniquiló al ejército cartaginés.⁸⁷

CONCLUSIONES

Los datos que hemos recopilado acerca de las actuaciones del ejército cartaginés en los siglos VI al IV a.C. señalan una serie de características, por un lado, así como la evolución experimentada por dicha milicia. Ello nos ha llevado, como fundamento de nuestra propia exposición, a considerar la necesidad de aislar cada uno de los datos como referido a un momento muy concreto, por más que naturalmente pueda ponerse en relación (con sentido crítico) con los de otros momentos mejor conocidos. Y la principal conclusión a la que llegamos es que en la historia de su desarrollo existió una evolución lógica que caracteriza el ejército de Cartago como una milicia a la vez fuertemente tradicional y a la vez con una adaptación a las nuevas necesidades.

El componente tradicional se enmarca en dos hechos fundamentales: por un lado la tradición puramente griega en su conformación, por el otro la adecuación a las propias características cívicas, sociales o políticas de Cartago. El primero de esos hechos significará que el ejército cartaginés tuvo sus inicios en una milicia formada por ciudadanos que, contra lo que se indica muchas veces, siempre constituyó una parte importante (si bien no mayoritaria) dentro del mismo. El segundo factor es que el peso de la tradición se enmarcó en la conformación socio-política de Cartago como un régimen aristocrático-oligárquico, controlado por las principales familias de la elite: en ese contexto de tradicionalismo, el ejército no hizo otra cosa que ser el brazo armado de los intereses de esa elite. Y lo seguirá siendo en los tiempos más avanzados, en la medida en la que a través del sistema clientelar el mando militar seguirá ejerciendo un papel básico⁸⁸. Las disensiones

⁸⁷ DIOD. XIV, 63; 70; 71.

⁸⁸ A través de la familia Bárquida, naturalmente contrapuesta al de su gran opositora, la de los Hannon y después a otras. No está de más indicar como POLIB. VI, 51, 1-3 afirmaba que la constitución de Cartago había evolucionado, de tal forma que si en siglos anteriores había sido importante la estructura aristocrática (en realidad oligárquica) controlada por el Senado,

políticas tendieron con notable frecuencia a trasladarse a la actitud respecto al mando militar.

El factor de tradicionalismo se marcará sobre todo en los difíciles cambios efectuados en el terreno estrictamente militar. El desastre frente a Timoleón en Sicilia, en el siglo IV a. C., según la descripción de Plutarco, marca ya esa insuficiencia muy marcada en la organización militar, presta en ocasiones (en manos de un general inhábil) a la simple anarquía en el combate. De esta forma, la situación conduciría a que el ejército de Cartago en el siglo III a. C. aparentara ya estar hipertrofiado en relación al uso y función de los mercenarios, pero sobre todo también en el acceso y desarrollo del generalato, que en parte seguía incluso el modelo más tradicional de los reyes de Esparta. Pero ese ejército que se había deteriorado con el tiempo, sin embargo tuvo un arranque que adelantó los fundamentos del mundo griego.

La principal novedad representada por el ejército cartaginés, a la que nos referimos, se había producido en la reforma militar de Amílcar llevada a cabo en las primeras décadas del siglo V a. C., en la intervención en la primera guerra greco-púnica en Sicilia. En ese caso se trató de la introducción de la primera característica singular que marcaría la identidad y la imagen del ejército de Cartago: la contratación de numerosos mercenarios, de tropas extranjeras de diversas procedencias. En principio los cartagineses no se fiaron de las gentes africanas, pero desde finales del siglo V a. C. éstos fueron aumentando sustancialmente su número. Aún y así habría que distinguir entre los mercenarios contratados individualmente, de un lado, y las gentes contratadas de forma colectiva, entre las poblaciones africanas sometidas al clientelismo.

Y la segunda reforma sería básicamente la introducida por Jantipo, a mediados del siglo III a. C., que marcaría una superación en la ya defectuosa y desordenada ubicación de las tropas para el combate, las carencias tácticas bien manifiestas, con la definitiva sustitución de los carros de combate por la caballería, y sobre todo también la introducción del arma que marcaría la segunda gran imagen del ejército de Cartago: la ubicación de los elefantes en primera línea. Con ello, Cartago ya estaba realmente preparada para disputarle a Roma el dominio en tierra: el fundamento de su derrota en la Primera Guerra Púnica se encontró básicamente en su sorprendente pérdida del control del mar. La respuesta del ejército formado por los generales de la familia Bárquida sería enormemente relevante, pero terminó con los años agotándose frente a la adaptación táctica y mejor actuación estratégica de Roma.

en la época de la Segunda Guerra Púnica ya quien prevalecía era el Senado. Remataba su argumentación en VI, 51, 8 cuando afirmaba que pese a sufrir un desastre militar absoluto, en la batalla de Cannas, Roma acabó ganando la guerra porque las discusiones y decisiones del Senado romano fueron mucho más atinadas.

Generales cartagineses documentados (siglos VI al IV a. C.)

NOMBRE	CRONOLOGÍA	Escenario de lucha	Observaciones
MALCO	540-535 a. C.	África, Sicilia y Cerdeña	Después de la derrota intenta un golpe de Estado
MAGÓN	530-500 a. C.	África y Sicilia	Apodado "El Grande". Creador de una dinastía de militares
ASDRÚBAL	500-485 a. C.	Cerdeña y África	Hijo de Magón
AMÍLCAR	485-480 a. C.	Cerdeña y Sicilia	Sucede en el mando a su hermano Asdrúbal. Derrotado en Himera
HIMILCÓN	460-440 a. C.	Sicilia	Hijo de Amílcar y nieto de Magón
ASDRÚBAL		África	Hijo de Asdrúbal
ANÍBAL	410-406 a. C.	África	Hijo de Asdrúbal
SAFÓN		África	Hijo de Asdrúbal
HIMILCÓN	405-395 a. C.	Sicilia	Magónida
BOMILCAR	Finales del siglo IV a. C.	África	Intenta dar un golpe de Estado. Sobrino del siguiente Amílcar
AMILCAR	320 al 312 a. C.	Sicilia	Fallecido cuando el Senado planeaba destituirlo
AMÍLCAR	312-308 a. C.	Sicilia	Hijo de Giscón. Sucesor del anterior. Muerto en combate.
HANNON	308 al 311 a. C.	África	Hace frente a la expedición de Agathocles
BOMILCAR	308 al 311 a. C.	África	Hace frente a la expedición de Agathocles

BIBLIOGRAFÍA

- AÏT AMARA, O.: *Numides et maures au combat: états et armés en Afrique du Nord jusqu'à l'époque de Juba 1er*, Cagliari, 2013.
- AMELING, W.: *Karthago. Studien su Militär, Staat and Gesellschaft*, Munich, 1993.
- BARCELÓ, P.: "Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia", *II Congresso di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1991, pp. 21-26.
- BISHOP, M.C. y COULSTON, J.C.N.: *Equipamiento militar romano*, Madrid, 2016.
- DECRET, F.: *Carthage ou l'empire de la mer*, Paris, 1977.
- DUCROY, P.: *Guerre et guerriers dans la Grèce Antique*, Paris, 1985.
- FANTAR, M.H.: "A propos des institutions politiques et administratives de Carthage: la cuestión de la Royauté", *Actes du 1er Congrès d'Histoire et de Civilisation du Maghreb*, vol. 1, Túnez, 1979, pp. 33-48.
- GÁRATE CÓRDOBA, J.M.: *Historia del ejército español. I. Los orígenes*, Madrid, 1981.
- GARCÍA BELLIDO, A.: "Los mercenarios españoles en Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y Norte de África", en MENÉNDEZ-PIDAL, R. (Dir.), *Historia de España. I, 2. España protohistórica*, Madrid, 1960, pp. 647-680.
- GARCÍA GELABERT, M.P. y BLÁZQUEZ, J.M.: "Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología", *Habis*, 18-19, 1987-1988, pp. 257-270.
- GÓMEZ DE CASO, J.: *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a. C.)*, Alcalá de Henares, 1996.
- GÓMEZ DE CASO, J.: "El ejército cartaginés en la Primera Guerra Púnica", en *Guerra y Ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 2005, pp. 73-127.
- GOZALBES, E.: "Aspectos y problemas del Marruecos antiguo", *Hespéris-Tamuda*, 49, 2015, pp. 9-42.
- GSELL, St.: *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. 3, Paris, 1918.
- HOYOS, D.: *The Carthaginians*, Londres, 2016.
- HUSS, W.: *Karthago*, Munich, 1995.
- LE BOHEC, Y.: *Histoire militaire des guerres puniques, 264-146 av. J. C.*, nueva edición, Paris, 2016.
- MARÍN MARTÍNEZ, A.P.: *La génesis del mercenariado ibérico: entre Hímera y Sagunto (480-219 a. C.). Historia, recepción y cultura*. Tesis Doctoral dirigida por GOZALBES, E.: Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2016.

- MARINOVIC, L.V.: *Le mercenariat grec et la crise de la polis*. Paris, 1988.
- QUESADA, F.: “De guerreros a soldados del ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, 56, 2005, pp. 129-162.
- QUESADA, F.: “En torno a las instituciones militares cartaginesas”, en COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J.H.: *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 2009, pp. 143-172.
- QUESADA, F.: “Los mercenarios hispanos”, en ALMAGRO GORBEA, M. (Coord.), *Historia Militar de España. Vol. 1: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 2009, pp. 165-173.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a. C.-476 d. C.)*, Madrid, 2005.
- WAGNER, C.G.: *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*. Madrid, 2000.
- WARMINGTON, B.H.: *Cartago*. Barcelona, 1969 (la edición original inglesa es de 1960).

Recibido: 19/01/2017

Aceptado: 18/05/2017